

DAMASO VELAZQUEZ

Por Antonio Arráiz

PREMIO DE NOVELA "SIMON BARCELO", 1943.

Por segunda vez ha sido otorgado el premio anual de novela venezolana "Simón Barcelo". El Jurado lo formaron los señores: Alejandro García Maldonado (ganador del mismo premio el año pasado), Guillermo Meneses y Julián Padrón. Y la novela premiada ha sido "**Dámaso Velázquez**", por Antonio Arráiz. (1)

Es muy posible que esta decisión del Jurado, sin llegar a ser totalmente contradecida o reprobada por algunos aficionados a las letras patrias, les haya no obstante causado alguna extrañeza; o haya al menos suscitado en otros el deseo de conocer la crítica de una obra que ha merecido semejante galardón.

"**Dámaso Velázquez**" (2) es una novela cuyo argumento podríamos sintetizar así: Dámaso es un acaudalado hombre de negocios, que explota legal o ilegalmente varias fuentes de riquezas: la pesca, la siembra, el contrabando, y el comercio. Este último lo desarrolla a base de un numeroso tren de embarcaciones. Dámaso tiene su esposa, la joven Rosario o "Charito", mujer superficial, de vida aburrida, sensual, y saturada de comodidades, lujos y caprichos. Charito vive largas etapas de su vida sola, a causa de la forzosa ausencia que el manejo de los negocios le impone a su esposo. En uno de estos paréntesis de soledad, la joven esposa traiciona a Dámaso, y se entrega desbocadamente a la vida de adulterio con Fernando, mozo encargado de llevar los libros de cuentas de los negocios de la familia Velázquez. Este Fernando ha estado

viviendo igualmente en adulterio con Lucinda, otra mujer joven y casada, de características tan poco elevadas como las de Charito. Dámaso se ha enterado, —no sabemos cómo—, de la traición que le hace su esposa y su empleado Fernando. Regresa a su casa y en muy poco tiempo prepara con el mayor sigilo una cruel y folletinesca venganza mortal de ambos cómplices. Luego él mismo se entrega voluntariamente a la justicia; pero una tempestad echa a pique la embarcación que lo llevaba preso a Caracas; los viajeros y tripulantes de la nave se salvan en botes, y Dámaso se queda voluntariamente en el barco hasta desaparecer junto con éste sepultado bajo las olas. Tal es, a grandes rasgos, el argumento de esta obra.

—o—o—

Al leer y releer las páginas de "**Dámaso Velázquez**", al estudiar su estructura como novela y analizar sus partes, nos ha ocurrido repetidamente hacemos una pregunta, a la cual no hemos podido dar respuesta satisfactoria. En el habla inglesa, —y en conexión precisamente con temas literarios y artísticos—, se suele formular en tono popular esta pregunta: "What is the point?"; frase ésta que textualmente traducida, no tendría significado sensible en castellano. Nosotros nos hemos hecho la pregunta equivalente en nuestra lengua, al hallarnos frente a la presente novela de Arráiz: ¿A qué viene todo esto?; o en otros términos: ¿Cuál es la razón de ser de los veintinueve capítulos de esta novela "**Dámaso Velázquez**"?

Tratemos de explicar un poco esta actitud nuestra completamente sincera y justificada. A poco que uno se adentra en la lectura de esta novela, llama la atención el empeño y laboriosidad que el autor ha puesto en su ejecución. Los capítulos, los párrafos, la frase y aun el mismo vocabulario —tan rico y especializado en ciertos casos— denuncian un trabajo diligente. Pero esos mate-

(1) Sobre Antonio Arráiz escribimos una ficha bio-bibliográfica en esta misma Revista, en el número del mes de abril de 1943, p. 190.

(2) Antonio Arráiz. DAMASO VELAZQUEZ. Ediciones Progreso y Cultura, Buenos Aires, 1943, 291 págs.

riales así trabajados y así escogidos ¿qué función han venido a llenar? El edificio con ellos contruidos, ¿qué es?, qué finalidad tiene?, o ¿a qué idea inspiradora o directriz debe su existencia?

No se piense que al formular estas preguntas tengamos en mente o como norma la anticuada fórmula de escribir novelas a base de una tesis social, o política o religiosa. Lo que deseáramos ver claro en "**Dámaso Velázquez**" es el punto o tema central en torno al cual gira y se desarrolla toda la acción. En los primeros capítulos puede parecerle al lector que se va a hacer una exposición viva y denunciadora de las arbitrariedades y extorsiones de uno de tantos tipos nacionales que han monopolizado un ramo de la riqueza y del trabajo; en este caso sería el ramo concreto de la pesca y del comercio de contrabando explotados por Velázquez. Pero pronto se observa que no va por ese lado la idea de la novela. Y entonces ¿qué otra explicación o justificación buscarle a esta obra?

Confesamos ingenuamente que no hemos podido hallarla.

Pero aquí mismo queremos salir al paso a una posible respuesta, lo cual nos llevará al mismo tiempo como de la mano a tratar de otro aspecto que conviene dejar aclarado.

Alguien podría decir: "**Dámaso Velázquez**" es simplemente una novela del ambiente oriental pesquero, y en concreto del ambiente margariteño. Y eso fué lo que el autor tuvo en mentes al escribirla. Concedemos que esta idea en sí, era simpática y acertada.

Pero, ¿se logró darle forma y vida en la presente novela? Opinamos que no. Véase por qué. Quien analice reposadamente y un poco a fondo esta obra, echará de ver muy pronto que en ella corren revueltos, pero no fusionados ni amalgamados, dos elementos completamente distintos: el de las escenas típicas del ambiente pesquero y margariteño, y el de los enredos groseramente lujuriosos y traidores, con un desenlace macabro, en los que toman parte los cuatro personajes principales. Prescindamos ahora de si estos dos elementos podrían, en teoría haberse fusionado. De hecho Arráiz no logró fusionarlos. Están entrelazados, cruzados, en algunos capítulos y hasta alguna vez en el mismo diálogo. Pero no hay compenetración íntima; la acción no ha resultado en un todo homogéneo y espontáneo. Lo **típico margariteño**, cuando más, sirve de fondo a una acción muy pobre, basada en un vulgar y corriente enredo pasional. Pero los magníficos cuadros de la vida pesquera

y marítima del Oriente venezolano, podrían agruparse solos, y tener vida por sí propios, sin contar para nada con el otro elemento postizo. Y al revés: los hechos de Fernando y Charito y Lucinda, y la consiguiente entrada de Dámaso en aquel vértigo pasional, constituyen una acción que lo mismo puede ocurrir en Margarita, como en Buenos Aires, como en Honolulu. . . La vida de esos personajes, sus reacciones y sentimientos, y aun sus ideas, en nada o en casi nada se nos presentan como influenciadas o movidas íntimamente al compás de la vida y ambiente margariteños. Viven allí, tratan con aquellas gentes, intervienen en sus faenas y fiestas y conversaciones. . . pero sin embargo no son ellos espontáneamente quienes actúan al natural, sino que es la mano del novelista Arráiz quien imperativamente los coloca en aquel medio y los hace moverse según él ha querido.

Íntimamente ligado con lo que acabamos de exponer, está también el estudio de esos mismos personajes principales que más arriba hemos nombrado. Fernando o Dámaso, Charito o Lucinda, ninguno de los cuatro es un carácter típicamente representativo del ambiente y vida margariteños u orientales. Charito es una planta completamente exótica y sin aclimatación dentro del marco de esta novela. Lucinda y Fernando, aun considerados aparte como meros caracteres, y sin relación con el medio en que se los ha colocado, nos resultan seres humildes excesivamente pobres psicológica o espiritualmente, a causa del desmedido e irrefrenable pero de pura pasión carnal que se les ha echado encima.

El mismo Dámaso Velázquez, —cuyo nombre ha de servir de título a esta novela que quiere ser margariteña—, no podrá ser considerado jamás como ejemplar típico de aquella región. Ni el mero hecho de ser Dámaso un rico propietario, a quien ha traicionado su joven esposa; ni el hecho de la venganza cruel que toma de los dos cómplices y de terminar él al fin su propia vida echándose al agua en un naufragio, nos parecen asuntos, —tal y como están tratados—, representativos de la vida en la **isla de las perlas**.

Y es muy de sentirse esta falta de identificación entre el vivir de los personajes centrales, y el medio ambiente que pinta la novela; sobre todo en el caso del protagonista Dámaso. Pues éste,—dejada a un lado la propia novela—, resulta un carácter interesante y, en conjunto, muy consecuente. Es todo calma y reflexión; lleva en sus actos la frialdad y el silencio de una serpiente venenosa; sonríe ante la tragedia, y deja calcu-

ladamente que las cosas lleguen a sus consecuencias naturales. En la creación de este personaje Arráiz demuestra un dominio y un acierto notables. Y por eso decíamos que es lástima que tan empeñoso trabajo quede como inutilizado por falta de acertada incorporación al medio ambiente de la novela. Con esto no queremos, sin embargo, dar a entender que aceptemos la moral y el proceder de dicho personaje. Antes al contrario, ambas cosas merecen absoluta reprobación. Pero creemos que todo lector puede descubrir en el fondo del alma de Dámaso, entre marañas y zarzas; un tanto de entereza y de sinceridad la cual logra ganar hacia él algo de nuestra simpatía en el momento final del naufragio, cuando lo vemos por última vez antes de ser sorbido por las olas.

Pero fuera de las observaciones que hasta aquí llevamos hechas, se nos ofrece otra de carácter mucho más trascendental, que atañe muy íntimamente a la índole de toda obra artística, y que por lo tanto concierne directamente a la índole de una novela premiada como la mejor del año 1943. "Dámaso Velázquez" es un libro que tomado en conjunto, —en la vida, proceder, ideales y sentimientos de los personajes que cargan con la acción principal—, no se levanta un palmo de lo puramente material y lujurioso. A Dámaso, —lo sabemos por referencias a lo largo de la novela—, lo absorben los negocios, lícitos o ilícitos; ni aun el cariño de su joven esposa es parte a hacer que modere sus sed de lo material. Y los otros tres seres: Charito, Lucinda y Fernando, parecen no conocer otra cosa, ni anhelar otro bien, ni aspirar a otro ideal, como no sea el placer de la carne. Para eso viven, y en eso se consumen todas sus energías. Fernando es un simple juguete explotado por la lujuria incontenible de esas dos mujeres; y al fin perece en la venganza refinadamente cruel de Dámaso.

Hay en toda la novela una sobresaturación de lujuria estudiada y refinada. El adulterio cínico y continuado de Fernando con esas dos mujeres casadas, ocurre en las páginas de esta novela como la cosa más natural del mundo. No hay una sola frase de desaprobación. Antes al contrario, los hechos se relatan en forma tan relamidamente lúbrica, y con frases tan cónicas y recargadas de sensualismo, que llegan a colocar muchas páginas de la novela totalmente fuera del campo de toda literatura digna, y en cambio la embadurnan de vulgaridad, por no decir tal vez de pornografía barata.

Y este afán de recargar el libro a dies-

tro y siniestro de escenas y de expresiones y comparaciones lujuriosas, ha traicionado de tal manera al autor, que le ha hecho cometer positivas equivocaciones de orden artístico y literario. ¿Qué duda cabe, por ejemplo, de que el capítulo titulado: "Cuando salieron había anochecido" es nada más que un pretexto innecesario e inartístico para presentar el adulterio de Fernando y Charito? Fácil nos sería multiplicar citas de casos en los que positivamente el posible interés, de alguna acción, o de alguna narración, se ven torpemente azotados por el persistente ramalazo impúdico.

Hemos tenido que ser muy explícitos en esta parte de nuestro estudio, porque tratándose de una obra en cierto modo recomendada para el público por razón del premio que se le ha otorgado, hay que señalar las lacras imperdonables que se escaparon a la consideración del digno Jurado. Ni somos nosotros los únicos en fijarnos en este aspecto. Hace ya más de medio año un crítico que escribió alabando el "Dámaso Velázquez" estampó unas frases, de las que, por su crudeza, sólo nos atrevemos a reproducir muy pequeña parte. "El autor desnuda constantemente a sus mujeres", dice, y refiriéndose a ciertos pormenores anatómicos de esa labor, añade que para Arráiz "llegan a constituir una obsesión" a través de las páginas de su novela. (3).

Resumiendo, pues, las tres observaciones fundamentales que un estudio detenido y sincero nos ha hecho formular, diremos que:

1) "Dámaso Velázquez" es una novela afanosamente documentada en aquellas partes que forman el colorido local; y escrita con laudable laboriosidad. Pero que carece de una idea central, o de una razón justificativa de su existencia como obra literaria.

2) Aun cuando el autor ha querido colocar la acción y los personajes en el medio ambiente pesquero y margariteño, no ha logrado la compenetración de todos esos elementos; personajes y acción en ningún caso aparecen en dependencia íntima y visible del medio que los rodea. Ni esa acción ni esos personajes son algo típicamente margariteños.

3) Toda la obra se resiente, de la cruz a la raya, de un naturalismo absoluto; ape-

(3) Domingo Casanovas. Ensayo crítico sobre "Dámaso Velázquez", en Revista Nacional de Cultura, No. 40, septiembre-octubre, 1943, p. 117.

nas se halla una página, de las que forman la propia acción novelesca, en donde aparezca alguna idea, hecho o sentimiento de tono noble, espiritual y humano; en cambio hay desbordamiento, —innecesario aun artísticamente,— de lujuria y pasión. El autor ha sido simplemente injusto y poco generoso con sus personajes.

Prescindiendo ahora de estas tres observaciones fundamentales, la presente novela manifiesta claramente, además, que Arráiz ha fallado en la trama y en el desarrollo de la acción. Pero ese fué un pie forzado que él mismo se puso, ya que dicha acción se reduce a bien poco, y ello muy corriente y vulgar. El desenlace nos parece precipitado, traído a la fuerza, y algo folletinesco.

En cambio, casi todos los capítulos que presentan ambiente margariteño, se leen con agrado, y algunos no podrían componerse mejor. Por ejemplo, el titulado "Mañana vamos a calar un mandinga ramero", es magnífico, aun a pesar de ciertos recarguitos de descripciones poéticas.

Asimismo, la descripción de las fiestas populares en el Valle del Espíritu Santo, está impregnada de auténtico sabor local. Y el segundo capítulo, "Dos barcos lanzados a toda velocidad", es un excelente trazo épico, sobrio y conciso, de la azarosa vida de nuestros contrabandistas orientales.

Arráiz sigue siendo el escritor de trazo firme y seguro en la descripción. El vocabulario se le va enriqueciendo por páginas; y su conocido afán de enumeraciones de

carácter técnico, o de tono poético, en nada ha menguado en estas páginas.

No queremos cerrar estas notas sin manifestar nuestro desagrado al vernos en la necesidad de haber dado un juicio poco halagüeño de esta nueva obra de Arráiz. El aprecio que personalmente profesamos a este autor es la mejor prueba de la sinceridad con que expresamos nuestras opiniones. Las cuales, —bueno será recordarlo una vez más,— se limitan exclusivamente a lo que es su obra literaria, y en manera alguna conciernen a su persona ni menos aun a sus intenciones como escritor.

No podemos menos de expresar también nuestra preocupación al ver que la noble y sana intención de la persona creadora de un premio nacional de novela, haya resultado en la práctica como una recomendación y un apoyo para novelas que son literaria y artísticamente muy deficientes, y que además en lo social y en lo educativo son positivamente condenables. La responsabilidad de tal desviación de un fin noble y generoso, recae necesariamente sobre los miembros del Jurado otorgador del premio.

Al escritor Antonio Arráiz le enviamos nuestra felicitación por su triunfo, y le deseamos otros más en el futuro. Pero se los deseamos a base de obras limpias de tanta escoria pasional, vigorizadas por el temple de almas nobles y generosas, y embalsamadas por el perfume atractivo y confortante de la virtud.



Pedro P. Barnola, S. J